

María Isabel Párraga B.

El voto de los hijos de la crisis

Un poco más de doscientos cincuenta mil nuevos votantes se inscribieron en el Registro Electoral Permanente. Los voceros del máximo organismo comicial dicen sentirse satisfechos. Sin embargo, cuando se compara esa cifra con las expectativas iniciales del CSE, lo menos que queda es preguntarse qué está fallando, por qué los jóvenes no se sienten motivados por la política.

↑ Cuando se abrió el REP, el Consejo Supremo esperaba unos quinientos mil nuevos votantes, cifra que podía subir en virtud de los trescientos mil jóvenes que no se inscribieron en los pasados comicios regionales. Eso hacía un gran total de ochocientos mil electores debutantes. Como se observa, o los miembros del organismo comicial tienen muy buen conformar, o se pretende tapar el sol con un dedo.

En una serie de ocho reportajes, *El Diario de Caracas* abordó el tema del voto juvenil. Para ello se realizó una labor de campo en universidades públicas y privadas, se encuestó a muchachos trabajadores, a artistas y a deportistas. Se habló con psicólogos y psiquiatras, así como con los líderes juveniles de los partidos políticos.

Este trabajo periodístico, de más de treinta entrevistas, arrojó lo que pudiera manejarse como hipótesis para una posterior investigación en profundidad: el **escepticismo** es la marca generacional de los **Hijos de la Crisis**.

CUANDO LA CRISIS APRIETA

«Actualmente la principal motivación para los jóvenes tanto en Venezuela, como en el resto del mundo es el disfrute de la vida». La apreciación es del psiquiatra Roberto de Vries, quien está trabajando en un área poco explotada hasta los momentos y que acuña como **sicopolítica**.

«Los jóvenes tienen un disfrute. El

objetivo que se quiere con esta motivación es lograr un buen nivel de calidad de vida. En los actuales momentos eso se logra únicamente a través de un instrumento bastante polémico: el dinero».

Afirma de Vries que la realidad nacional proporciona todo lo opuesto a lo que espera el joven. «Ven que, en lugar de disfrutar, tienen unos niveles muy altos de sufrimiento, tanto individual, como de realización de pareja, de constitución de familia y de la funcionalidad del colectivo. En cuanto al objetivo, el nivel de calidad de vida, está percibiendo todo lo contrario: un deterioro progresivo de ésta. En relación al polémico instrumento, el dinero, hay una falta de oportunidades para que el muchacho pueda ser productivo.

Nuestro esquema actual no está hecho para que el joven comience a obtener dinero para disfrutar y darse un buen nivel de calidad de vida».

LAS NUEVAS LUCHAS

En opinión del psiquiatra, la dirigencia actual está desfasada. Continúa pensando y trabajando en función de lo que ha sido su motivación tradicional: el poder.

«El poder era la motivación para las antiguas generaciones. Con eso podías tener dinero, reconocimiento y privilegios».

Esto le crea al joven un conflicto ético-moral, ya que ha sido testigo del enriquecimiento vertiginoso de ciertas individualidades del mundo político, mientras a él se le hace cada vez más difícil el día a día.

Por otra parte el muchacho observa cómo la cúpula dirigente no ha creado mecanismos que le faciliten su desarrollo. Otro factor que incide en la visión que tiene la juventud de la realidad es la poca definición de país que le han dado sus líderes. Lo que Roberto de Vries cataloga

como **misión de país**.

Hasta hace unos diez o quince años la misión era fortalecer el sistema democrático. Eso nos unió a todos los venezolanos en esa época. Pero actualmente eso está fuera de lugar. El joven no ve esta misión como propia».

El especialista asegura que los líderes políticos no están interpretando cuál es esa nueva misión del país.

«La nueva misión del país debe estar en relación con lo que son los jóvenes. Tiene que ver con la búsqueda de la dignidad, entendido esto como un buen sentimiento de autoestima. Esto será directamente proporcional al nivel de calidad de vida».

Como conclusión el psiquiatra afirma que «si en nuestra crisis actual tuviéramos un liderazgo que interpretara las verdaderas motivaciones de la juventud, daría un especial énfasis a cómo el joven puede tener dinero, logrado en forma digna a través de su trabajo y no obtenido de manera fácil».

HABLAN LOS JOVENES

La segunda fase de la investigación se centró en encuestas a jóvenes votantes.

- No espero milagros del próximo Presidente, pero sí aspiro a un proceso de cambios, de pacificación.
- La economía neoliberal ha sido la causante de todos los males del pueblo.
- El pueblo está asimilando que debe ser responsable y asumir el liderazgo de los cambios.
- No creo que haya voluntad de cambio por parte de los candidatos.
- No creo en esta falsa democracia.
- El problema básico es la educación. Si ésta es mala, vamos a seguir eligiendo a una dirigencia mediocre.
- No debería haber ni un solo candidato sin presentar un programa de gobierno.
- ¿Por qué los estudiantes no pueden tener voz y voto en el Congreso?
- Hay pocas cosas nuevas que los candidatos puedan decir. No les creo mucho.
- Votar no aporta salidas.

Estas frases expresadas por estudiantes de la Universidad Central de Venezuela y la Simón Bolívar son tan sólo unos rasgos del pensamiento político de los jóvenes venezolanos.

En centros de estudio privados como la

Universidad Católica Andrés Bello y la Metropolitana el panorama es parecido. El único aspecto en el que se encontró divergencia fue el relativo a la percepción del programa de ajustes económicos.

Mientras en la UCV y en la Simón Bolívar la mayoría de los encuestados señala al paquete económico como el causante de la mayoría de los males del país, en la UCAB y en la Metropolitana existe la visión de que el mismo era necesario, pero que el gobierno no lo supo llevar a la práctica, ya que copió al calco las soluciones que aportaban los libros de texto y no lo adaptó a nuestra realidad.

Los artistas, los deportistas y los jóvenes trabajadores fueron materia de análisis en las siguientes entregas de la serie de reportajes. Los artistas y los deportistas, en virtud del poco apoyo que han recibido, cada vez creen menos en el Estado y más en el sector privado. Los jóvenes que se dedican a estas actividades se quejan de que los gobiernos nunca han considerado estas áreas como prioritarias para el desarrollo, a pesar de que todos los programas de gobierno elaborados tradicionalmente por los candidatos tienen el lugar común de afirmar que «estimularán el deporte y la cultura». Al final, afirman, todo se olvida.

Según los datos del último censo realizado por la OCEI en 1990, la tasa de actividad productiva para ese año era de 55.4 por ciento. Si se discrimina ese resultado en grupos de edad se observa que los jóvenes están por encima del citado promedio. Entre 15 y 19 años, 32 por ciento trabaja. De 20 a 24 años la tasa se incrementa a 57.7 por ciento y de 25 a 34 años el índice llega a 67.5 por ciento.

Llama la atención que esas son precisamente las edades de formación del individuo. Estos datos ponen en evidencia que la mayoría de los jó-

venes, o bien se ven obligados a abandonar los estudios para dedicarse a producir o, en el mejor de los casos, comparten su tiempo entre el trabajo y las aulas.

Las entrevistas realizadas para esa entrega periodística resaltaron esa realidad. Los jóvenes trabajadores no creen en «papá gobierno». Prefieren hacer maromas para vivir al día. Cualquier «tigre» es bueno. No piensan mucho en política, pero esperan que el próximo Presidente sea honesto. Alguien que trabaje y les dé las posibilidades de hacer lo propio.

CUANDO LA POLITICA «NO DA NOTA»

Cuesta arriba, de espaldas y con el viento en contra. Así es la labor de los dirigentes juveniles de los partidos cuando tratan de captar nuevos adeptos.

Liliana Hernández, Jefe del Buró Juvenil de AD; Vladimir Petit, Secretario General de la Juventud Revolucionaria Copeyana; Rafael Almarza, Secretario Juvenil del MAS; y Jacobo Torres, de la Causa Radical, dan fe de lo difícil que resulta movilizar a su generación para

que se involucre con sus organizaciones. Y es que, a diferencia de décadas pasadas, la política ya «no da nota».

Hasta la década del setenta, parte de la rebeldía juvenil en su búsqueda de la utopía, se canalizaba a través de las líneas ideológicas de los partidos políticos. Frases como «AD juventud», movimientos como la JRC y la efervescencia de la izquierda politizaron el ambiente. Las universidades se convirtieron en cantera de líderes y las montañas se llenaron de muchachos que soñaron con la copia de la revolución Cubana en Venezuela. Eran los años del llamado «Poder Joven», de la comuna hippie-pacifista y de las secuelas del Mayo Francés.

Con los setenta llegó la avalancha de petrodólares y con ella la ideología del consumo, la riqueza fácil, los financistas, los grandes contratos. En pocas palabras, la corrupción.

En el mundo, las ideologías fueron perdiendo terreno. Venezuela no se escapó de esa tendencia. El panorama del escepticismo se agravó en virtud del derrumbe moral de sus otrora líderes políticos.

Los Hijos de la Crisis han visto cómo desfilan en los titulares de prensa los delitos sin delincuentes, los «escapados» de la justicia, los escándalos que se olvidan, los ex Presidentes que se juzgan, los golpes de estado que se frustran, los atentados terroristas que renacen, la inflación que los agobia, el hueco fiscal que todo lo llena, los discursos que prometen, las promesas que no se cumplen. Como se dice popularmente, están «curados de espanto». Como contrapartida encuentran a unos partidos políticos enfrascados en sus luchas internas por el poder, así como unas propuestas electorales que carecen de novedad. Ante este panorama, los debutantes del voto lo menos que pueden sufrir es de escepticismo.

Políticos paráliticos

El rockero gritaba haciendo una especie de contrapunteo con la guitarra eléctrica: «yo quisiera que los políticos fueran paráliticos...» cantaba, mientras los muchachos saltaban y saltaban al son del ska. Todo un discurso gestual porque, mientras más fuerte sonaba aquello de los señores paráliticos, más altos eran los brinco de los presentes. Estaban bailando su propia realidad.

Aquel concierto de «Desorden Público» (así se llama el grupo) se convirtió en una experiencia política. Si algún dirigente hubiese estado allí, tal vez tendría una visión más clara de cómo piensan la mayoría de los debutantes del voto. Ante una cúpula dirigente estática, ante los mismos discursos, ante el poco cambio, los jóvenes saltan y se las ingenian para tratar de solventar el día a día.

Como buenos Hijos de la Crisis, las delicias del 4.30 sólo las recuerdan por cuentos de sus mayores. Viajar les suena cuesta arriba, tener vivienda propia lo tienen como un imposible, estudiar en el exterior por obra y gracia de la Mariscal de Ayacucho es ahora un privilegio de muy pocos, por eso ya ni piensan en eso, incluso a algunos se les hace difícil proseguir sus estudios a nivel superior porque el «ahora» de las cuentas de quince y último apremia.

En relación a la democracia, los jóvenes anteponen su libertad personal a las libertades públicas. El término no es nuevo o inalcanzable para ellos. Han presenciado campañas electorales, mítines y manifestaciones históricas. Eso es lo que se les ha vendido como el régimen perfecto. Sin embargo, como contrapartida, han visto cómo los líderes políticos otrora admirados por sus abuelos y sus padres han caído en la tentación del «dinero fácil». Se les han acabado las revoluciones. Las ideologías ya están pasadas de moda. La lucha ahora es cuerpo a cuerpo. Los Hijos de la Crisis prefieren creer en ellos mismos.